

220. Sin volver la mirada atrás

Un Padre jesuita francés se había convertido en un gran predicador del pueblo. Era, sobre todo, un magnífico director de Ejercicios Espirituales, y con su ministerio había llevado muchas almas a Dios. Sin embargo, se preguntaba muchas veces:

- *¿Cómo es que tantos y tantos empiezan a caminar por la vida cristiana con mucho empuje, y al cabo de poco se quedan rendidos en el camino? ¿Qué voy a aconsejar yo en mi predicación para que haya más perseverancia, para que no se cansen y sigan adelante?...*

Esto pensaba el Padre, cuando se encuentra con una buena señora, que años atrás había practicado con él los Ejercicios Espirituales junto con su marido, la cual le dice gozosa:

- *¡Padre! No sé cómo darle las gracias por lo que nos dijo en una meditación. Usted nos aconsejó: Cuando se cansen, y tengan que cumplir una obligación que les cuesta, digan sencillamente a Jesús: “Señor, no tengo ganas; pero esto, por ti”. Mi marido y yo lo tomamos en serio, y desde entonces, cuando se presenta el cansancio, decimos lo de siempre: “Señor, no tengo ganas, pero esto, por ti”. Padre, usted no sabe lo bien que nos ha ido.*

Y continúa el Padre:

- *La verdad es que aquella pareja, como pude comprobarlo bien, era un par de santos cristianos. Y a mí, este simple hecho me abrió los ojos: ¿Queremos cristianos verdaderos, arremetedores, constantes, vencedores en las luchas de la vida? No les hace falta más que una cosa: que ante cualquier dificultad que les asalte en el camino, se digan: “¡Por Jesucristo, adelante!”...*

Si alguna cosa lamentamos muchas veces en la Iglesia, por más optimistas que queramos ser, es que sí, que los cristianos somos muchos —actualmente pasamos de los mil millones—, pero que nos falta calidad, categoría espiritual. No acabamos de tomar en serio lo de Jesucristo: “¡A ser perfectos, como el Padre celestial es perfecto!” (Mateo 11,48), comentado así por el enérgico Papa Pío XI:

- *Que nadie crea que estas palabras van dirigidas sólo a unos cuantos elegidos, y que todos los demás hayan de contentarse permaneciendo en un grado más bajo de la virtud cristiana. Es evidente que por esta ley quedan obligados todos sin excepción.*

Cuando se oyen palabras como éstas, pareciera que se nos rebaja, que se nos exige algo duro por ser inferiores, que se nos manda coartando nuestra libertad.

Y es precisamente todo lo contrario: Dios nos pide mucho, porque nos valora y nos respeta. Viene Dios a decirnos:

- *¿Por qué se van a quedar a nivel de tierra, como el reptil que sólo vive apegado al suelo? ¿Por qué no son todos como el águila audaz, que se remonta al cielo hasta alcanzar alturas insospechadas? ¿Por qué no escalan todos el mismo trono en que yo me siento como Dios?*

Estas palabras que ponemos en labios de Dios, no son sino la traducción de las palabras que el mismo Dios nos dicta en la Biblia (Proverbios 4,18):

“*La senda de los justos es como una luz brillante, que va en aumento y crece hasta el mediodía*”, es decir, hasta llegar a la plenitud de la gloria de Dios.

El secreto de la perfección cristiana está en la perseverancia. No está la cuestión en empezar, sino en seguir adelante sin volverse para atrás.

Le ocurrió el hecho a San Francisco Javier allá en la India con un rico comerciante portugués. Tres días relatándole su vida a Javier en confesión, y le decía, una vez recibida la absolución: *- ¡Hasta aquí nada más, Padre! En adelante, ¡fuera vicios, fuera negocios sucios!...*

Formidable todo. Pero Juan el portugués volvió a las andadas. Secretamente, compra un navío nuevo, y se embarca para otras tierras, donde no le seguirá el ojo vigilante de Javier. Ya en el muelle, una voz:

- ¡Don Juan, Don Juan! El Padre Javier le llama.

Javier, severo pero también compasivo, con el mismo corazón de Cristo:

- ¿Qué has hecho, Juan?

- Sí, Padre, ¡he vuelto a lo de antes! Pero, ahora sí que va en serio. Apenas salga de aquí, vendo el barco, doy todo el dinero a los pobres, y me quedo para siempre con solo Dios.

Un hecho como éste nos trae una reflexión de las últimas palabras de la Biblia. Porque el Apocalipsis, mirando a los que se pierden, les dice con pena y desdén: *-El que hace el mal, que lo siga haciendo hasta que quiera, y el que juega sucio, que siga manchándose cada vez más.*

Después de palabras tan tristes como éstas, vuelve los ojos a los buenos y valientes, y les dice: *-El justo, que siga haciéndose cada vez más justo. ¿Y el santo? Que siga santificándose más y más (Apocalipsis 22,11).*

Dios lo dice con verdadero orgullo, como si quisiera añadir: *¡Que sea perfecto como lo soy yo! ¡Si supiera la que yo le guardo aquí arriba!...*

Aquel Don Juan, el amigo de Javier, vio que no era nada prudente seguir como antes, y prefirió, con buen acuerdo, cambiar de ruta. Se lanzó hacia la perfección cristiana, y no se equivocó, ciertamente.

Igual que no nos equivocamos los cristianos cuando no nos contentamos con medianías, con ser de los del montón, sino que aspiramos a la misma perfección señalada por Jesucristo.

No nos equivocamos cuando, entre todos los negocios que podemos emprender, depositamos nuestro dinero, es decir, todas nuestras energías, en el único negocio por el que vale la pena matarse, como es el alcanzar las alturas del mismo Dios.

Y esto lo hacemos siguiendo las trazas de aquella pareja valiente y feliz: “Señor, aunque yo no tenga ganas, esto por tí”. Por Jesucristo se hace todo. Después, Jesucristo se encarga de decirnos como a aquel del Evangelio: ¡Bien! Ahora, entra en el mismo gozo de tu Señor...